

Anécdotas de Oftalmólogos

A. Arruga-Forgas

Jules Gonin (Figura 1), ingenioso, virtuoso, piadoso, modesto, trabajador, desordenado, bromista, cáustico; meticuloso en su trabajo, dibujaba con habilidad y precisión desgarros retinianos. Eso sí, sobre cualquier papel o cartulina a su alcance. Andarín incansable gozaba con los paseos difíciles: glaciares, montes inexplorados. Una vez, al borde de un precipicio en el Pirineo, se encontró bloqueado por un rebaño que le impedía el retorno. Improvisó un grito imitando el ladrido de un perro, consiguiendo así la retirada de los animales.

Cuando fue conocido su método para reaplicar la retina, le llegaban pacientes de todo el mundo. El trabajo era agotador. Un paciente, cuya esposa había tratado con éxito, le preguntó si a él le podía extraer una catarata. –“Y de paso no querrá que le corte el pelo”- respondió.

No es frecuente recordar el día que uno supo que entraría en chirona como el más feliz. Pues esto no cesó de repetirlo Jacques Mawas (Figura 2). Por su raza, durante la ocupación de Francia por los nazis, su cabeza peligraba. Gracias a unos niños suizos, dedicados a facilitar el paso de fugitivos –con el intencionado despiste indulgente de los policías alemanes, en muchos casos– pudo llegar a Suiza. Como no tenía documentación, la policía le dijo que debía ir a prisión: –“Nunca -me dijo varias veces– experimenté tanta satisfacción como en aquel momento”.

De Georges Sevrin (Figura 3) aprendimos estrabología, porque era “la voz de su amo”, de Curt Cüppers (Figura 4), éste hombre poco hablador. Hombre generoso, hospitalario como pocos, pero de lo más mal hablado, si cuando describía –por ejemplo– una modificación de una técnica y alguien objetaba –“pero si...”- se ponía hecho una furia, respondiendo: –“*Tu m'emmerdes avec ton si, si, si: Si ma tante avait des couilles ça ne serait plus ma tante: Ça serait mon oncle !*”.

En visitas a clínicas en más de treinta países he visto operar a los más afamados oculistas del pasado siglo; ninguno me impresionó tanto por su eficiencia y elegancia quirúrgica como Jorge Malbrán (Figura 5). A veces un chasco puede determinar un sino. Supe de Malbrán, cuando recién graduado, intentó entrar en un servicio oftalmológico. Por hallarse todas las plazas ocupadas, el jefe le dijo que no había espacio para él, salvo si aceptaba dedicarse a campos visuales (algo que los internos hacían a regañadientes y mal). Resignado, Malbrán aceptó. Tras la experiencia ganada en unos meses de campimetría, publicó su fenomenal tratado sobre Campo Visual, que superaba todo lo publicado sobre el tema hasta la fecha y es incluso hoy un valioso libro de consulta.

Me llamó la atención que en sus conferencias soltaba de vez en cuando, súbitamente, un exabrupto. –“Es para cuando quiero que el auditorio despierte, cuando quiero presten atención a algo que quiero retengan”- me explicó. Malbrán publicó en 1949 un tratado sobre “Estrabismos y Parálisis” (distinción muy atinada en el título), que incluso hoy, amén de joya de bibliófilo, es una excelente obra de consulta.

Mi padre (Figura 6) pregonaba –y él lo cumplía a rajatabla– que hay que dormir ocho horas. Eso sí: Durante las dieciséis restantes su actividad era extraordinaria: ya fuera en actividades propias de su profesión, estudiando o bricolando. Ni un minuto inactivo. Como muestra de hasta que punto hay que aprovechar el tiempo, en su lavabo, y frente a la taza, tenía un enorme mapa de Europa Central. Como durante los años veinte y a principio de verano hacía con su esposa y el Doctor Joaquín Camps y señora, un viaje por Centroeuropa, éste lo planeaba mientras cumplía con una necesidad fisiológica, pues, según él, no había razón para que ésta interfiriera con la actividad de la cabeza.

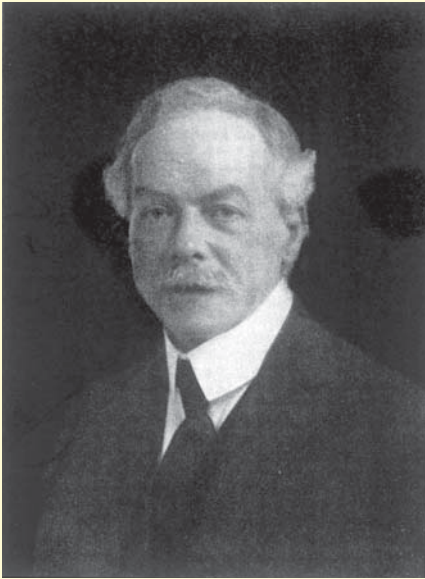


Figura 1. Jules Gonin



Figura 3. Georges Sevrin



Figura 5. Jorge Malbrán



Figura 2. Jacques Mawas



Figura 4. Curt Cüppers

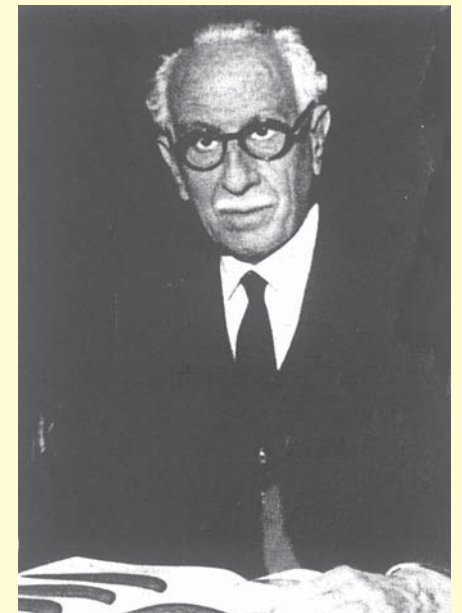


Figura 6. Hermenegildo Arruga